

Nunca pasa nada

Manuel Talens

Madrid (España)

Ahí donde lo ves, tan seguro de sí mismo que parece el rey de bastos, hubo una época en que a don Roberto le entraba descomposición intestinal cada vez que el teléfono sonaba en la consulta. Ahora, con las ínfulas que tiene, ya no se acuerda de aquel verano en que vino a Yegen, recién licenciado en Medicina, para sustituir al bueno de don Tomás, que Dios tenga en su gloria. Don Tomás se tomó entonces las primeras vacaciones en treinta años.

Hoy, desde que somos europeos, las cosas han cambiado mucho en la Seguridad Social y todo funciona como la seda, con sustitutos y un horario limitado, pero en 1963 los médicos trabajaban como burros, un día tras otro, sin ambulancias ni leches para quitarse de en medio los embolados, un taxi como mucho. Don Tomás trajo al mundo a toda la gente mayor que usted conoce en Yegen, arrancaba muelas, lavaba oídos con la pera de agua caliente, recomponía huesos rotos, operaba golondrinos y se ocupó siempre de que a nadie le faltara asistencia. Era un fenómeno, un buen médico, pero al final estaba hasta los huevos y aquel verano aprovechó que el zángano de su hijo había terminado la carrera después de más de diez años estudiando en Granada y lo dejó al cuidado del pueblo entre julio y octubre.

Dicen que don Roberto no las tenía todas consigo y trató de eludir la obligación, pero su padre, con el genio que gastaba, no lo dejó ni respirar: «Tú te quedas aquí este verano, por mis muertos, que yo ya tengo los pasajes para irme con tu madre a las Islas Canarias», cuentan que le dijo. «Además, aquí nunca pasa nada, cuatro recetas de mierda y tres resfriados, de manera que ya lo sabes, a practicar, a ver si le saco por fin provecho a los miles de duros que me he gastado contigo.»

Y vaya si se fue. Parece que lo estoy viendo despedirse de todo el mundo en la plaza antes de subir con doña Patro al taxi de Demóstenes, que

los llevó a Granada para que empalmaran en tren hasta Cádiz. Don Roberto se quedó en la puerta de su casa con cara de no tenerlas todas consigo. Estaba como huérfano, se ve que tenía el palpito de lo que iba a ocurrir. También fue mala suerte. No habían pasado ni tres horas cuando empezó a oír voces en la calle y le aporrearon la puerta. A mí me avisó el hijo de Gabina. Cuando llegué, tuve que abrirme paso entre el gentío. El pueblo entero se había agolpado en torno a don Roberto, que estaba arrodillado junto a mi primo Javier.

La rueda del tractor le había pasado por encima del pecho, machacándole los brazos y las costillas, pero todavía estaba vivo, porque respiraba dando hipidos. Don Roberto tenía las gomas de escuchar en las orejas, el aparato de tensión en una mano y con la otra le agarraba a mi primo el tobillo derecho por encima del calcetín. Estaba lívido, como si el accidentado fuera él. No hay cosa peor que ver a alguien sin saber qué hacer cuando es el único que debería saber hacerlo. El silencio era absoluto, se oían hasta las moscas, porque todo el pueblo estaba con los ojos puestos en don Roberto, esperando que se produjera el milagro. Se ve que creyó necesario decir algo para justificar su autoridad. Nunca olvidaré sus palabras:

—Tiene un pulso bigeminado, filiforme y asincrónico.

No me pude contener. En aquel momento me olvidé de que era un señor médico y lo traté con la confianza que da haber conocido a alguien desde que andaba a gatas:

—Nene, no te quedes con el personal, cojones, que ésa es la pierna ortopédica, o es que ya no te acuerdas de que a mi primo se la amputaron en la guerra.

No hubo nada que hacer, el accidente era mortal de necesidad, por eso no se lo tuve en cuenta. El resto del verano transcurrió sin incidentes, a lo sumo el caso de mi hijo Samuel, que se comió una caja de mantecados de Estepa con tres coca-colas y estuvo a punto de reventar, pero eso fue poca cosa, porque es verdad que en Yegen, con lo pequeño que es, nunca pasa nada. Luego, don Tomás mandó a su hijo a especializarse a Madrid y hoy tiene un puestazo en Puerta de Hierro. Según cuentan, será el próximo ministro de Sanidad. A saber lo que habrá aprendido desde entonces. ■